

Universidad Teológica Del Caribe
Escuela Graduada Dra. Luz M. Rivera Miranda
TH 619.773 – Historia del Pensamiento Cristiano I
Profesor: Dr. Carlos R. Colón

Discusión Crítica Semana 5:

La controversia arriana, el Concilio de Nicea y Atanacio

Por: José Miranda

#est: 4523

La Controversia Arriana, el Concilio de Nicea y Atanasio:

La historia del pensamiento cristiano se ha desarrollado en el contexto de intensos debates que marcaron no solo el contenido doctrinal de la fe, sino también la forma en que la Iglesia se entiende a sí misma en relación con Dios y el mundo. Uno de los momentos más significativos de este desarrollo fue la controversia arriana, que culminó en el Concilio de Nicea en el año 325 d.C. y en la figura emblemática de Atanasio de Alejandría. Esta crisis doctrinal no fue un simple desacuerdo teológico, sino una lucha profunda por preservar la esencia misma del cristianismo: la afirmación de que Jesucristo es verdadero Dios. La forma en que la Iglesia resolvió esta controversia dejó huellas imborrables en la teología posterior y en la autocomprensión eclesial.

La controversia arriana: el conflicto sobre la divinidad del Hijo

La controversia arriana surgió en un contexto donde la Iglesia, aunque legalmente reconocida tras el Edicto de Milán (313), aún luchaba por definir sus doctrinas fundamentales. El presbítero Arrio, en Alejandría, enseñaba que el Hijo, aunque excelso, no era eterno ni divino en el mismo sentido que el Padre. Para él, “hubo un tiempo en que el Hijo no existía”. Arrio quería proteger la unicidad e inmutabilidad de Dios, y por tanto negaba que el Verbo fuera igual a Dios en naturaleza.

Sin embargo, esta posición comprometía radicalmente la doctrina de la redención. Según González, si el Hijo no es plenamente Dios, no puede ser el mediador efectivo entre Dios y la humanidad, y la salvación no sería posible (González, 2022, p. 224). Además, la adoración al Hijo quedaría como una forma de idolatría, si este fuera una criatura.

El conflicto se intensificó debido a su amplia difusión y a la intervención de obispos y autoridades imperiales. La Iglesia se encontró ante la necesidad urgente de definir de manera

clara y precisa la relación entre el Padre y el Hijo, una cuestión que tocaba el corazón de su fe y culto.

El Concilio de Nicea: homoousios como defensa de la fe

Ante la creciente división, el emperador Constantino convocó el Concilio de Nicea en el año 325, con la intención de preservar la unidad religiosa del imperio. Allí, más de 300 obispos se reunieron para deliberar sobre la enseñanza de Arrio. La solución del concilio fue adoptar el término *homoousios* (de la misma sustancia), afirmando que el Hijo es de la misma esencia que el Padre, y no una criatura subordinada.

Esta decisión fue revolucionaria. Nunca antes la Iglesia había utilizado un término filosófico tan fuerte para definir la fe. Como señala González, esta fue una “formulación sin precedentes”, pues hasta entonces, el lenguaje bíblico había sido suficiente. Pero frente al desafío arriano, fue necesario ir más allá de la Escritura para salvaguardar su sentido (González, p. 226). Así, el *Credo Niceno* expresó con claridad que el Hijo es “engendrado, no creado, consustancial con el Padre”.

A pesar de esta afirmación dogmática, el arrianismo no desapareció. Al contrario, se reorganizó y ganó fuerza con el apoyo de emperadores posteriores. Esto generó décadas de conflicto y persecución contra los defensores del nicenismo, especialmente contra Atanasio.

Atanasio: testigo y defensor incansable

Atanasio de Alejandría, quien asistió al Concilio siendo aún diácono, se convirtió en el gran defensor de la fe nicena. Como obispo, luchó incansablemente contra el arrianismo, aun cuando esto le costó el exilio en cinco ocasiones. Su defensa no fue solamente una postura política, sino

una profunda convicción teológica: si el Verbo no es Dios, entonces la encarnación no es la unión de Dios con la humanidad, y la salvación es un engaño.

En su obra *Sobre la Encarnación del Verbo*, Atanasio desarrolla la idea de que solo Dios puede restaurar la imagen divina en el ser humano, y por tanto, el Redentor debe ser plenamente Dios. Su pensamiento sentó las bases de la teología trinitaria y cristológica que se desarrollaría en los siglos siguientes.

González destaca que, aunque Atanasio fue duramente atacado, falsamente acusado e incluso excomulgado por sínodos controlados por arrianos, su firmeza fue clave para la conservación de la ortodoxia. Su figura encarna el principio de que la verdad teológica no siempre coincide con el poder institucional, y que la fidelidad doctrinal puede implicar resistencia y sufrimiento.

El impacto histórico de Nicea

La decisión del Concilio de Nicea marcó un antes y un después en la historia del pensamiento cristiano. Por primera vez, la Iglesia definía un artículo central de su fe mediante un concilio ecuménico, utilizando un lenguaje técnico que no se encontraba literalmente en la Biblia. Esto sentó el precedente para los concilios posteriores, especialmente el de Constantinopla (381), que completó la doctrina trinitaria al afirmar la divinidad del Espíritu Santo.

Además, la controversia arriana evidenció la compleja relación entre Iglesia y Estado.

Constantino y sus sucesores intervinieron en las disputas teológicas, a veces favoreciendo el arrianismo por conveniencia política. Esto obligó a la Iglesia a aprender a discernir entre la fidelidad doctrinal y la presión imperial. La experiencia de Atanasio es un ejemplo paradigmático de esa tensión.

A largo plazo, la afirmación de la consustancialidad del Hijo con el Padre permitió a la Iglesia articular una comprensión coherente de la Trinidad y de la encarnación. La doctrina cristiana se estructuró alrededor de esta afirmación fundamental, que sigue siendo el núcleo de las confesiones cristianas hasta hoy.

Conclusión

La controversia arriana, el Concilio de Nicea y la figura de Atanasio no solo definieron el dogma trinitario, sino que establecieron el modo en que la Iglesia lidia con la herejía, la autoridad doctrinal y la fidelidad al evangelio. Nicea fue mucho más que un evento histórico: fue una respuesta valiente ante la amenaza de reducir a Cristo a un ser creado, y por tanto, de vaciar el corazón de la fe cristiana. La claridad teológica alcanzada allí ha iluminado la teología de la Iglesia hasta nuestros días. En última instancia, Nicea nos recuerda que la verdad sobre Cristo no es negociable, y que la fidelidad a esa verdad puede requerir tanto sabiduría como valentía, como lo demostró Atanasio con su vida y su legado.